LA AMAZONA DE VERGINA

UNA PRINCESA ESCITA EN LA TUMBA DE FILIPO II DE MACEDONIA

ARTURO SÁNCHEZ SANZ
LICENCIADO EN HISTORIA Y MÁSTER EN HISTORIA Y CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID. DOCTORANDO DEL DEP. DE HISTORIA ANTIGUA

A lo largo de su azarosa vida, Filipo II de Macedonia se casó siete u ocho veces. Si bien la más conocida de sus esposas fue Olimpias, madre de Alejandro, de entre el resto existió una desconocida princesa escita con la que contrajo matrimonio tras derrotar a su padre, el rey Ateas, entre el 340-339 a.C. Manolis Andrónikos, arqueólogo de la Univ. de Salónica, fue el descubridor de su supuesta tumba. Se encontraba bajo un montículo de unos 100 m. de diámetro y 12 m. de altura ubicado en el lugar en el que desde hacia milenios se ubicaron las tumbas reales macedonias, en la antigua capital de Egas, actualmente Vergina. El sitio se situaba en la llanura de Ematia, justo donde ésta y la falda de los montes de Pieria se unían. Allí aparecieron varias tumbas reales datadas en el siglo IV a.C., una de las cuales (la Tumba II) es la más importante pues se cree alberga los restos de Filipo. El interior contaba con una cámara de mayor tamaño y una antecámara menos espaciosa, ambas con forma rectangular y separadas por una puerta de mármol. La cámara principal, de 19,89 m², contenía un sarcófago de mármol blanco en cuyo interior se descubrió un larnax de oro decorado con una gran estrella en relieve, símbolo de la monarquía macedonia. Contenía los restos de un hombre de 46-47 años de edad que se han identificado gracias al hallazgo de unas grebas de tamaño desigual que, segun las fuentes, pertenecieron al rey pues tras una de sus campañas quedó cojo de una pierna.

Larnax de la esposa de Filipo II. Antecámara. Tumba II. Vergina.

Por su parte, la antecámara medía 14,65 m² y contenía, también, un sarcófago que albergaba otro larnax de menores dimensiones y peso, con los restos de una mujer joven de unos 20 o 25 años de edad que había sido incinerada con un vestido de color púrpura y oro. Estos habían sido tan cuidadosamente tratados ya en la Antigüedad como los del propio rey, algo que, junto con la aparición de varios objetos que formaban parte de una panoplia militar, no tiene paralelo en ningún enterramiento femenino macedonio hallado hasta la fecha. Dado que el enterramiento se produjo al mismo tiempo y en base a la edad de la fallecida, se cree que puede tratarse de los restos de una de sus tres últimas esposas, Cleopatra, Meda o una princesa escita cuyo nombre no se menciona en las fuentes y que habría optado por suicidarse para acompañar a su marido a la otra vida, puesto que el resto de esposas de Filipo habrían muerto ya o eran de mayor edad. Si bien mayoritariamente se cree que pudieron ser los de su última esposa, Cleopatra, los objetos depositados en la estancia permiten ampliar las opciones a este respecto. Por ello, ya el propio Andrónikos no descartaba una posible tendencia "amazónica" de su dueña, aunque entiende que esos objetos también podrían pertenecer al rey enterrado en la cámara principal, basándose en que algunas de estas piezas se colocaron apoyadas en la puerta que daba acceso desde la antecámara a la misma, lo cual no deja de ser interesante cuando la cámara principal contaba con espacio suficiente para albergarlas. Sea como fuere, tampoco se ha encontrado explicación a que en la antecámara no se encontraran apenas elementos típicos de las tumbas femeninas macedonias, como adornos, joyas, etc. siendo achacado por el arqueólogo a que, presumiblemente, fueron incinerados junto a su dueña en la pira funeraria.

Del mismo modo, anexos al sarcófago que contenía el larnax de esta princesa o reina se localizaron como ofrenda tres lanzas o jabalinas de hierro, junto a otros objetos como ánforas, etc., y apoyados a la puerta de acceso a la cámara principal se hallaron unas grebas doradas, un pectoral de cuero, hierro y plata dorada (curiosamente no había restos de ninguna armadura o escudo) similar a otros encontrados en Bulgaria y pertenecientes a tribus tracias, y un gorytos o carcaj de oro casi idéntico a otro localizado en el Sur de Rusia y perteneciente a una tribu escita, que hoy se encuentra en el Museo de Kiev, y a los representados en monedas de oro acuñadas por el rey escita Ateas (una moneda de plata similar apareció en un enterramiento real escita en Kuban), junto con 74 puntas de flecha de distinto grosor (entre 4,4-2,4 cm.) y fabricadas en bronce, estaño y plomo, con varios aros de oro que servían para mantener agrupadas las flechas de cada tipo. De entre las esposas de Filipo, dicho ajuar sólo era típico entre los getas y los escitas, por lo que la mujer enterrada allí probablemente fuera una de esas princesas, sin que se sepa el motivo por el que Filipo la prefirió a ella de entre todas sus esposas. Entre los escitas y los tracios era costumbre que las esposas se incineraran con el marido cuando éste moría.

Gorytos de la antecámara.
Tumba II. Vergina.

Este desconcertante descubrimiento ha llevado a las más diversas teorías por parte de los expertos. Entre las numerosas esposas que tuvo Filipo este tipo de armas sólo pudo pertenecer a la princesa tracia, Meda y el de la princesa escita cuyo nombre desconocemos. Las probabilidades de que se tratara de una de estas dos reinas son elevadas ya que ambas parece que tendrían una edad similar a la de la mujer incinerada (alrededor de 25 años), en base al momento en que se casaron con el rey macedonio, lo cual ecluiría a Cleopatra al ser más joven. Sabemos que Filipo murió asesinado y, si bien Cleopatra correría la misma suerte poco después, el resto de sus esposas estaban vivas en ese momento. Los enterramientos de mujeres escitas nómadas que contienen armas entre su ajuar y, especialmente, arcos y flechas son relativamente frecuentes, y entre los enterramientos de varios gobernantes escitas se han localizado gorytos de oro de factura casi idéntica al Norte del mar Negro.

Así, no sería descabellado pensar que este tipo de piezas fueron realizadas por artesanos griegos afincados en las colonias situadas al Norte del mar Negro (como Panticapea) o del Norte de Grecia, con el fin de comerciar con ellas vendiéndoselas a gobernantes escitas que gustaban de este tipo de piezas muy relacionadas con su cultura, ya que no era un elemento de uso habitual entre los griegos. En las tumbas de guerreras escitas no se han localizado tampoco escudos o armaduras en la mayoría de los casos, ya que tradicionalmente estas mujeres no los usaban, pero ello choca con la aparición en la antecámara de las grebas, que tampoco empleaban. Ello podría hacer pensar que estos objetos pertenecían a Filipo quien, en el caso del gorytos, pudo haberlo traído como trofeo tras su campaña contra el rey escita Ateas aún a pesar de que las fuentes clásicas indican que este rey no poseía ni oro ni plata, por lo que ningún elemento de dichos materiales habría formado parte del botín sin que ello descarte que se tratara de un regalo recibido por el rey macedonio de algún otro monarca escita.

Sea como fuere, la aparición de este tipo de objeto en Grecia es único y no tiene precedentes, por lo que se presta a las más variadas interpretaciones sin que, posiblemente, lleguemos a saber nunca quien fue la mujer que unió su destino al del soberano macedonio para toda la eternidad.

Gorytos escita de oro. Norte del Mar Negro.
Rostov. Regional Museum

Arturo Sánchez Sanz